

Hablar para no decir nada

León Trotsky

10 de julio de 1919

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 145-152; también para las notas. 10 de julio de 1919, Vorónezh-Kolodesnaya. Publicado en *Voeno Dielo*, número 23-24.)

La revista *Voeno Dielo* [*Asuntos Militares*], en la que se publican no pocos artículos especializados interesantes, no logra encontrar un equilibrio intelectual. Y no hay de qué extrañarse. En la arena mundial, y sobre todo en nuestro propio país, se han producido acontecimientos que no todos los colaboradores de *Voeno Dielo*, ni mucho menos, habían previsto. Al principio eran numerosos los que creyeron que todo era incomprensible, ningún criterio aplicable, y más valía abstenerse de aplicar cualquiera que fuese, esperando calladamente a ver qué salía de todo esto. Con el curso del tiempo, sin embargo, ciertos elementos de orden empezaron a perfilarse en el gran caos que los colaboradores de *Voeno Dielo* no habían previsto. La inteligencia humana es, en general, bastante perezosa y pasiva; se aferra, sobre todo, a lo ya conocido y no necesita, por tanto, de nueva reflexión. Así sucede ahora. Habiéndose dado cuenta, en primer lugar, de que sus conocimientos son solicitados, y viendo, en segundo lugar, que la nueva organización tiene una serie de rasgos conocidos, diversos especialistas militares llegaron inmediatamente a la conclusión de que no hay nada nuevo bajo la luz del sol y por consiguiente puede uno seguirse guiando, en lo sucesivo, por los viejos cánones. Más aún. Una vez llegados a la conclusión de que en el dominio militar todo volverá, finalmente, a sus cauces anteriores, recobraron ánimos y decidieron que era fundado esperar la restauración en todo lo referente a las cuestiones militares. A este propósito algunos colaboradores de *Voeno Dielo* se apresuraron a desempolvar sus concepciones generales, sobre todo en lo referente al lugar que ocupa la guerra y el ejército en la historia del desarrollo de la humanidad. Parece, evidentemente, que se consideran especialistas en la materia. ¡Craso error! Un buen artillero o intendente no siempre está dotado, ni mucho menos, para la filosofía histórica. Vamos a demostrarlo con dos o tres ejemplos.

En el número 15-16 de *Voeno Dielo* se publica destacado un artículo del ciudadano F. Herschelman, intitulado: “¿Es posible la guerra en el futuro?”¹. Todo es falso en este artículo, comenzando por el título. En esencia el autor plantea la cuestión de si las guerras serán inevitables en el futuro y llega a la conclusión de que, en efecto, serán inevitables. Como es sabido, sobre esta cuestión se ha escrito bastante. Y en nuestra época ha pasado del plano de literatura al de la lucha intensa que en todos los países toma la forma de guerra civil abierta. En Rusia ha llegado al poder el partido político en cuyo programa se caracteriza con claridad y precisión el carácter histórico social de las guerras pasadas y presentes, y con la misma claridad y precisión formula las condiciones bajo las

¹ Las tesis fundamentales, formuladas por Herschelman en su artículo consistían en lo siguiente: la esperanza de que las guerras desaparezcan es irrealizable; la guerra no puede desaparecer, aunque sólo sea porque responde demasiado a la naturaleza del hombre. Más adelante, en calidad de demostración fundamental, alega que las cuestiones políticas esenciales no pueden resolverse sin guerra. Herschelman se apoya en el estudio histórico dogmático de Danievsky: “El sistema del equilibrio político, el legitimismo y el principio de la nacionalidad”. Estos tres sistemas, propuestos como solución a las guerras, se han revelado insatisfactorios, y el problema de la posibilidad de la paz en un sistema de estados quedó sin resolver. Más adelante Herschelman da a conocer en detalle las concepciones de Danievsky sobre los tres sistemas indicados.

cuales la guerra será no sólo innecesaria sino imposible. Nadie le exige al ciudadano Herschelman adoptar el punto de vista comunista. Pero si un especialista militar escribe sobre la guerra en una publicación rusa oficiosa (¡en 1919, no en 1914!) lo menos que puede pedírsele, creo, es un conocimiento elemental del programa que constituye la doctrina oficial del estado, la base de nuestra política interior e internacional. Pero ni siquiera hace alusión a ella.

Como corresponde a una mente tradicional, el autor comienza por el principio, es decir, por la escolástica históricamente impotente de Leer, extrayendo de ella, como gran premisa, esa vulgarísima banalidad de que “la lucha está en la base de todo lo viviente”.

Construido sobre una interpretación excesivamente vaga, sin límites, del término “lucha”, el aforismo citado suprime simplemente toda la historia de la humanidad, disolviéndola sin residuos en la biología. Cuando hablamos de *guerra* sin jugar con las palabras nos referimos al afrontamiento sistemático de grupos humanos organizados en estados, con utilización de los medios técnicos disponibles, en nombre de objetivos fijados por el poder estatal de dichos grupos. Es absolutamente evidente que nada semejante a eso puede encontrarse fuera de la historia de la sociedad. Si la lucha es propia a todo lo viviente, la *guerra* es un fenómeno puramente humano e histórico. Quien no se dé cuenta de ello no ha llegado ni siquiera al umbral del problema.

Hubo tiempos en que los hombres se comían mutuamente. El canibalismo aún se conserva en algunos sitios. Cierto que los achantis no publican revistas militares, pero si las publicaran sus teóricos razonarían, probablemente, así: “Es vano esperar que el hombre renuncie al canibalismo puesto que la lucha está en la base de todo lo viviente”. Con permiso del ciudadano Herschelman podríamos replicar al sabio antropófago que no se trata de la lucha en general, sino de esa forma específica de lucha que consiste en la caza de la carne del prójimo.

Es indiscutible que el canibalismo no ha desaparecido bajo la influencia de prédicas morales sino por la modificación de las condiciones de existencia: cuando resultó más beneficioso transformar a los prisioneros en ganado de labor, la antropofagia (canibalismo) se extinguió. ¿Pero subsistió la “lucha”? Naturalmente. Lo que pasa es que estamos hablando del canibalismo, no de la lucha en general.

Hubo un tiempo en que el macho se batía con otro macho por una hembra. En épocas antiguas los prometidos “raptaban a la doncella del agua”. Actualmente, como sabe el ciudadano Herschelman, ya no se practica ese procedimiento, pese a que “la lucha está en la base de todo lo viviente”. La práctica de romperse mutuamente el cráneo en los bosques o en las cavernas fue reemplazada posteriormente por los torneos caballerescos en presencia de las damas, y también por los duelos. Pero los torneos y los duelos pasaron a la historia o se convirtieron, en la inmensa mayoría de los casos, en vulgares mascaradas, eco caricatural de los antiguos afrontamientos sangrientos. Para comprender ese proceso es necesario seguir de cerca el desarrollo económico, la interdependencia en el plano económico de hombres y mujeres, el cambio (sobre esa base) de las formas de existencia tribal y familiar, el surgimiento y desarrollo de los estamentos, el condicionamiento histórico de las concepciones y los prejuicios de los caballeros y en general de la nobleza, el papel del duelo como elemento de la ideología estamental, la extinción de la base social de las castas privilegiadas, la transformación del duelo en una supervivencia inútil, etc., etc. Con el aforismo “la lucha está en la base de todo lo viviente” no puede avanzarse mucho en el problema que nos ocupa, como en ningún otro.

Las tribus y los clanes eslavos guerreaban entre sí. En el periodo feudal se hacían la guerra los príncipes. Lo mismo sucedía con las diferentes tribus germánicas y con los principados feudales de la futura Francia unificada. Las sangrientas guerras intestinas de los feudales, las guerras entre las provincias, o de las ciudades contra la caballería feudal,

estuvieron al orden del día no porque esta lucha sea atributo de todo lo “viviente”, sino en virtud de determinadas relaciones económicas, y desaparecieron al desaparecer estas últimas. Las causas que determinaron las guerras entre Moscú y Kiev, entre los prusianos y los sajones, entre los normandos y los borgoñones, fueron en su época, no menos profundas e imperativas que las situadas en el origen de la última guerra entre alemanes e ingleses. Por consiguiente, repetimos, las leyes de la naturaleza, como tales, no tienen nada que hacer aquí; se trata de leyes especiales, específicas, que rigen el desarrollo de la sociedad humana. Sin necesidad de salir de los juicios históricos más generales, puede preguntarse: si el hombre superó las guerras entre Borgoña y Normandía, entre Sajonia y Prusia, entre los principados de Kiev y Moscú, ¿por qué no puede superar la guerra entre Inglaterra y Alemania, entre Rusia y el Japón? La “lucha”, en el más amplio sentido del término, seguirá existiendo, naturalmente, pero la guerra es un tipo especial de lucha, que apareció únicamente a partir del momento en que el hombre comenzó a organizar la sociedad y a utilizar armas. Esta forma singular de lucha (la guerra) ha ido modificándose a medida que se modificaban las formas de la organización social y en determinadas condiciones históricas puede desaparecer completamente.

El carácter fraccionado, atomizado, de las guerras feudales, era debido al aislamiento de la economía medieval. Cada región consideraba a la región vecina como un mundo cerrado sobre sí mismo, del cual era posible aprovecharse. Desde sus nidos de águila los caballeros observaban con ojos rapaces el desarrollo y enriquecimiento de las ciudades. La evolución ulterior unificó las provincias y regiones en un todo. Sobre esta nueva base económica, y a través de encarnizadas luchas interiores e internacionales, se formaron la Francia unificada, la Italia unificada y la Alemania unificada. Por tanto, la unificación económica (al transformar grandes países en un organismo económico único) hizo imposibles las guerras en los límites de una nueva formación histórica: la nación, el estado.

Pero el desarrollo de las relaciones económicas no se detuvo ahí. Hace tiempo que la industria desbordó los marcos nacionales y ligó al mundo entero con lazos de interdependencia. No sólo Borgoña o Normandía, Sajonia o Prusia, Moscú o Kiev, sino también Francia, Alemania y Rusia dejaron hace tiempo de ser mundos que se bastan a sí mismos para convertirse en partes dependientes de una economía mundial. Ahora nosotros nos damos cuenta demasiado bien, con el bloqueo militar, al no recibir los productos, que necesitamos de la industria alemana e inglesa. Pero los obreros alemanes e ingleses resienten también, no menos duramente, esta ruptura mecánica del todo económico, al dejar de recibir el trigo del Don y la mantequilla siberiana.

Los fundamentos de la economía se han hecho mundiales. Pero la apropiación de las ganancias, es decir, el derecho a desnatar la economía mundial, quedó en manos de las clases burguesas de determinadas naciones. Por consiguiente, si la raíz de las guerras actuales hay que buscarla en la “naturaleza”, no será en la naturaleza biológica, ni siquiera en la naturaleza humana, en general, sino en la “naturaleza” de la burguesía, que se ha formado y se ha desarrollado como clase explotadora, apropiadora, dirigente, aprovechadora, saqueadora, y ha obligado a las masas trabajadoras a luchar en nombre de sus objetivos, los objetivos de la burguesía. Estrechamente unificada en un todo como organismo productor, la economía mundial proporciona fuentes sin precedentes de enriquecimiento y poder. La burguesía de cada nación, pretende apropiarse esas fuentes, y con ello desorganiza la economía mundial, lo mismo que los feudales atentaban a la economía nacional en la fase de transición al nuevo régimen.

Una clase que está condenada a desorganizar la economía, y cada vez más, no puede mantenerse mucho tiempo en el poder. Por eso la misma burguesía se siente obligada a buscar salida creando la “Liga de Naciones”. La idea de Wilson consiste en

tomar la economía mundial como una sociedad expoliadora por acciones, cuyos beneficios sean repartidos entre los capitalistas de todos los países sin necesidad de guerras entre ellos. Evidentemente, Wilson quiere conservar el mayor paquete de acciones para sus bolsistas de Nueva York y Chicago, pero los bandidos de Londres, París, Tokio y otros no están conformes.

Para resolver el problema de la “Liga de Naciones” los gobiernos tropiezan con esa dificultad: el afrontamiento de los apetitos burgueses. Sin embargo, puede decirse con seguridad que después de la experiencia de la guerra actual las clases capitalistas de los principales países crearán las condiciones para una explotación centralizada, más o menos unificada, sin guerras, de todo el globo terrestre, de manera análoga a como la burguesía liquidó las guerras feudales en el marco del territorio nacional. Pero esta nueva tarea la burguesía podría resolverla si la clase obrera no se volviera contra ella, de manera similar a como la burguesía, en otros tiempos, actuó contra los feudales. La significación de la guerra civil que en Rusia ha terminado con la victoria del proletariado, y marcha hacia el mismo resultado en todos los otros países, reside en que la clase obrera toma en sus manos la resolución de esa tarea, la cual se plantea actualmente ante la humanidad como cuestión de vida o muerte: la transformación de toda la superficie terrestre, de sus riquezas naturales y de todo lo creado por el trabajo del hombre, en una economía mundial dirigida, cada vez más sistemáticamente, según una misma concepción, y en la que el reparto de los productos se realice como en una gran cooperativa.

Al parecer el ciudadano Herschelman no tiene ni la más ligera idea de todo esto. Descubrió un cierto opúsculo de un cierto profesor Danievsky (*Sistema de equilibrio político, legitimismo, principio de la nacionalidad*), y sobre la base de algunas raquílicas conclusiones de este jurista oficial llega a afirmar la inevitabilidad de las guerras por los siglos de los siglos. En las páginas de la revista del Ejército Rojo Obrero y Campesino (¡y en mayo de 1919!) puede verse un editorial en el que se dice gravemente que... el principio de la legitimidad no nos salva de la guerra. Legitimismo quiere decir reconocimiento de la inmutabilidad de toda esa inmundicia monárquica, de castas y estamentos, acumulada en esta tierra. Demostrar que el reconocimiento de los derechos eternos de los estados de los Romanov y de los Hohenzollern, o del estado de los usureros parisinos, no nos preserva de la guerra, significa, en verdad, hablar para no decir nada. Lo mismo puede decirse de la teoría del llamado “equilibrio político”. Nadie mejor que el marxismo (comunismo) ha mostrado la inanidad y falsedad de esa teoría. La fullería diplomática del “equilibrio” no ha sido más que la cobertura de la diabólica competencia de las respectivas máquinas militares, por un lado, y de la aspiración de Inglaterra, por otro lado, a debilitar Francia sirviéndose de Alemania, y Alemania sirviéndose de Francia.

Dos locomotoras lanzadas sobre los mismos raíles, la una al encuentro de la otra: en eso consistía la teoría de un mundo armado y asentado en el “equilibrio europeo”. Los marxistas desenmascararon esa teoría mucho antes de que se hundiera en la sangre y en el lodo.

Sobre el principio nacional como fundamento de la paz eterna sólo pueden hablar los soñadores pequeñoburgueses o los charlatanes de la gran burguesía. Las guerras se llevaron a cabo bajo la bandera nacional cuando el desarrollo de la industria exigió el paso de la provincia a una unidad más amplia, nacional estatal. Las guerras contemporáneas no llevan en sí el principio nacional. Sin hablar ya de las guerras civiles. Kolchak vende Siberia a América, Denikin está dispuesto a infeudar las tres cuartas partes del pueblo ruso a Inglaterra y Francia con tal de poder expoliar a la otra cuarta parte. Y tampoco tiene nada que ver el principio nacional en las guerras internacionales. Inglaterra y Francia se reparten las colonias alemanas, saquean Asia. América extiende sus garras a los asuntos europeos. Italia se apropia eslavos, e incluso Serbia, medio extenuada, ahoga

a los búlgaros. El principio nacional no es aquí, en el mejor de los casos más que un pretexto. Lo que está en juego es la dominación mundial, o sea, la dominación económica del mundo entero. Sometiendo a una crítica barata el legitimismo, la teoría del equilibrio político y el principio de la nacionalidad, el ciudadano Herschelman ni siquiera llega al problema del destino de la guerra. Y, sin embargo, este destino se está decidiendo ahora prácticamente. Habiendo arrojado a la burguesía de los puestos de mando del estado, y tomando el poder en sus manos, la clase obrera prepara la creación de una república federativa soviética de Europa y del mundo entero, asentada en la economía mundial unificada.

La guerra fue y sigue siendo una forma armada de la explotación o de la lucha contra la explotación. La dominación federativa del proletariado, como transición a la Comuna mundial, significa la abolición de la explotación del hombre por el hombre y, por consiguiente, la liquidación de los afrontamientos armados entre los hombres. La guerra se extingue de la misma manera que se extinguió la antropofagia. Queda la lucha, pero colectiva de la humanidad con las fuerzas hostiles de la naturaleza.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es